



DE FASCISTAS Y FUNCIONARIOS; UN ENSAYO KAMIKAZE

[Reseña de *Intelectuales de consumo. Literatura y cultura de Estado en España (1982-2009)*, José Antonio Fortes, Jaén, Almuzara, 2010]

JOSÉ MARTÍNEZ RUBIO
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Ya decía Clarín que todo libro, «hoy», es un libro de combate, pero pocos son tan decididamente belicosos, «hoy», como los *Intelectuales de consumo. Literatura y cultura de Estado en España (1982-2009)*, donde un José Antonio Fortes salta al ruedo del sistema cultural español a matar, con la espada de la lucha de clases en la mano.

El ensayo que nos presenta Fortes, profesor de la Universidad de Granada y presidente de la Asociación para la Investigación y Crítica de la Ideología Literaria en España, supone una revisión *sui generis*, encendida, incendiaria, del circuito literario-cultural que dice haberse instalado en España desde, casualidades de la política, 1982: *sui generis* porque lo hace desde una metodología «radical y marxista» (214); encendida e incendiaria porque lo hace desde posiciones definidas por él mismo como «del pensamiento libre, de la anomalía, la *atopía* y la disidencia» (117).

Pero anda escaso de variedad material con que explicar el *star system* de las letras españolas de los últimos treinta años. Más bien su

manual de investigación y análisis cultural parece encaminado a prender bien, hasta convertirse en un *cóctel molotov* compacto, preparado con la metralla de datos, escenas simbólicas, resoluciones oficiales, declaraciones de personajes y protagonistas, y peligrosamente dirigido contra los que, según él, ostentan la hegemonía cultural del país, con nombres y apellidos: Antonio Muñoz Molina, Almudena Grandes, Benjamín Prado, Luis Antonio de Villena, Luis Alberto de Cuenca, José Manuel Caballero Bonald y un largo etcétera de adoradores de una Santísima Trinidad encarnada en el Padre Estado –socialista-, el Hijo PRISA y/o El País, y el Espíritu Santo –santificado- Luis García Montero. Hasta admitiríamos una variante pop, variante mesiánica, en la figura (y genio) de Joaquín Sabina. Y una variante profética, mito de otros tiempos, en Federico García Lorca.

«F[uncionarios] I[deológicos de] C[lase] asalariados al servicio de los poderes de clase y de Estado, que les contratan y pagan el sueldo subvencionado/exonerado en forma de dinero o prestigio. Que van y vienen de la universidad y los capelos catedralicios, a la venta ambulante y fija de cultura e ideología en prensa y propaganda, en programas de televisión y espectáculos del corazón. Es su fama, su gloria, el paraíso posmoderno. Su moneda falsa de cambio y compraventa. De su mercadeo. Regresivos y esquizofrénicos, por patología o mala conciencia. Por traidores, progres “de izquierdas”, la mafia roja» (262).

La lectura de estos *Intelectuales de consumo* de Fortes resulta inquietante, pero interesante, porque muestra (no estoy tan seguro de que lo demuestre) la (presunta) corrupción de una política cultural manejada por un *lobby progre* nada en la sombra. Y lo argumenta sin discreción y sin complejos. No cojea el ensayo de detalles ejemplares, como las subvenciones de la Junta de Andalucía, como los presupuestos enterrados en viajes, comidas y encuentros culturales al amparo de grandes escaparates mediáticos, como el manejo bajo manga de premios y prebendas, como la promoción y bombo recíprocos con intereses editoriales de añadido. Repito: es inquietante e interesante.

Sin embargo, a pesar del interés de la propuesta por desenmascarar el negocio literario del país, su manual se vuelve tan arrojado, y tan a la contra, que aparta las virtudes de las que podría hacer gala. Y tan secuestrada le tienen la voluntad los *progres* con su tinglado, que se olvida de exponer Fortes una cultura de Estado, o un estado de la cultura, en toda su amplitud y toda su complejidad. La conciencia de clase se traduce, pues, en una agresión dialéctica a lo largo de más de 250 páginas a los mismos de siempre: «no a él como persona [...] sino, en estricto, como la personificación de unas categorías de pensamiento, formación y comportamiento intelectuales» (71). Repito, 250 páginas trabajando la misma crítica personal, parcelada en capítulos y apartados de nombres brillantes y divertidos, pero de nula eficacia.

La crítica marxista no está edulcorada. Es combativa. Incluso es valiente. Se le agradece a Fortes esa expresividad magistral que propicia una lectura turbulenta y vertiginosa, ese dominio quevediano del lenguaje, que señala, apunta y dispara. Sin embargo, más allá de la conmoción de la crudeza, no se puede dejar de cuestionar la parcialidad y el maniqueísmo con que estudia la literatura contemporánea sin atender, por ejemplo, a los nuevos razonamientos sobre la posmodernidad (con todos sus nombres y prefijos: la era posindustrial, la era del capitalismo avanzado, del hiperconsumo y la imagen, del simulacro), mucho más capaces de explicar y comprender el proceso histórico del que se ocupa *Intelectuales de consumo*.

Desde un punto de vista «radical y marxista», *Poeta en Nueva York* es un «asustadizo poemario esnobista» (222), *La familia de Pascual Duarte*, «un panfleto de propaganda nacionalsindicalista» (111) o las novelas de Grandes y Muñoz Molina, ¡de «un pensamiento tan cómplice y miserable, tan socializado y mediocre, tan alienante!» (143). Metodología exacta. Análisis rotundo. Demasiado. Demasiados fascistas. Los críticos de la literatura son, por su parte, con José Carlos Mainer y Jordi Gracia a la

Cuadernos de Aleph, 2011. Reseñas

cabeza (de turco), cortos de mira, complacientes y cómplices también. Tanto atrevimiento es divertido, pero tanto descaro es reduccionista.

Intelectuales de consumo, en fin, funcionará como producto espontáneo dentro de un sistema controlado y correcto. Quizás su mera espontaneidad, su grito sin eco y sin réplica, será la prueba definitiva que demuestre lo que intenta exponer a golpe de sable: que el mundillo está vigilado, que el pastel está repartido y que no hay sitio para extraños.